

verdad que la pluralidad de mugeres estaba permitida por la Ley en aquellos tiempos : pero Salomon abusó vergonzosamente de aquella permision, casándose con mil, de las cuales setecientas tenían el tratamiento de Reinas : tanto mas criminal, quanto que el mayor número de estas eran idólatras, enlace que estaba espresamente prohibido. La justicia de esta ley se manifestó en Salomon, pues á pesar de su sabiduría sobrehumana, cayó en el abismo de la idolatría, tan ciegamente sumergido, que no se sabe hubiese vuelto su corazon á Dios, ni que hubiese conocido sus errores, á la última hora de su vida. Salomon murió á los cincuenta y nueve años de su edad, habiendo reinado cuarenta.

LIBRO V.

QUINTA EDAD DEL MUNDO.

Comprende 476 años.

CAPITULO PRIMERO.

REYES DE ISRAEL HASTA LA DESTRUCCION DEL REINO.

Indignado el Señor contra Salomon por no haber guardado su pacto ni sus mandamientos, juró en su ira desmembrar su reino y dar la mayor parte á un siervo suyo; dejando solo una tribu á su hijo por amor á David, y para continuar el cetro de Judá en su fa-

milia. Al mismo tiempo declaró el Señor que Jeroboan, jóven de buena índole, de talentos y valor, hijo de un súbdito de Salomon, sucederia en la parte del trono de Israel. Jeroboan se habia disgustado con su Rey Salomon y se habia rebelado contra él : pero aunque este jóven era muy amado del pueblo, tuvo que ausentarse para huir de la venganza de su soberano, y se acogió bajo la proteccion de Sesac Rey de Egipto.

Por la muerte de Salomon, su hijo Roboan subió al trono de Israel, y aunque halló al pueblo muy oprimido con las contribuciones que habia impuesto su padre, les impuso otras aun mas pesadas. El pueblo nombró diputados para suplicar al nuevo Rey suavizase un poco la estremada dureza de su gobierno : Roboan juntó un consejo de Estado para deliberar sobre la respuesta que habia de dar al pueblo : los consejeros mas ancianos y prudentes fueron de parecer, que debía escuchar la peticion y aliviar la carga de los tributos. No era fácil que á un Rey jóven y orgulloso con la autoridad suprema, agradara un consejo tan suave : y esperando oír otro parecer mas acorde con sus violentas inclinaciones, consultó á los jóvenes que se habian criado á su lado. La respuesta de estos correspondió á sus deseos, y presentado el Rey en el salon de la audiencia, dijo con aspereza á los diputados de Israel : « Mi padre puso un yugo pesado sobre vosotros, mas yo añadiré mas peso á su carga : él os azotó con correas, mas yo os azotaré con escorpiones. » La consecuencia de está

impropicia respuesta del trono fué una rebelion del pueblo : las tribus se juntaron en congreso y aclamaron á Jeroboan por Rey de Israel, á excepcion de la tribu de Judá que quedó fiel á la dinastia de David. Jeroboan, vuelto de Egipto, empuñó el cetro y quedó sentado sobre el troño de Israel : y Roboan continuó en el trono de Judá segun la promesa hecha á David, hasta la destruccion de los dos reinos. El de Israel duró ménos tiempo y quedó totalmente estinguido : el órden requiere que se mencionen primero los Reyes de Israel hasta el cautiverio de su pueblo, y dispersion por todas las partes septentrionales del Asia.

L. Jeroboan. Luego que este Rey se vió en el trono de Israel por aclamacion del pueblo, olvidando que todo era obra del Señor, dijo en su corazón : si este pueblo continua yendo á Jerusalem á ofrecer los sacrificios que están mandados en el templo del Señor, se volverá bajo el dominio de los descendientes de David. Esta desconfianza impia, pues el Señor le habia asegurado por medio del Profeta Abias el establecimiento fijo de su reino, le sugirió un sistema de política, seguido no pocas veces por Príncipes que han hecho la religion instrumento útil á sus intereses privados : hacer mudar al pueblo de religion le pareció necesario para asegurarse en el trono. Para este efecto hizo dos becerros de oro; puso uno en la ciudad de Betel, y el otro en la de Dan; luego publicó este breve edicto : « Israel, no irás en adelante á Jerusalem para sacrificar : aquí tienes tus dioses que te sacaron de la

tierra de Egipto. » Tan propenso era Israel á la idolatría, que la voluntad del Rey fué suficiente para hacerle abandonar al Omnipotente Dios por dos novillos de metal. Los sacerdotes fueron los únicos que se mostraron descontentos, y para librarse de su oposicion, tomó Jeroboan el partido de desterrarlos á todos fuera del reino. Luego erigió dos altares magníficos, y dió un ceremonial para el culto de los becerillos, semejante al que se practicaba en el culto del verdadero Dios, imaginando que este era el medio mas eficaz para calmar el escrúpulo de algunos; y para seducir á todos dió ejemplo en su persona, subiendo sobre el altar y ofreciendo incienso á vista de todo el pueblo.

Jeroboan fué tristemente perturbado un dia mientras ofrecia inciensos en el altar de su nuevo Dios. Un Profeta de Judá, mandado por el Señor, llegó á este tiempo y exclamó : Altar, altar, esto dice el Señor: He aquí nacerá un hijo de la casa de David que se llamará Josias, y hará degollar sobre tí los sacerdotes que ahora queman sobre tí inciensos, y sobre tí quemará huesos de hombres. Esta será la señal de que ha hablado el Señor : este altar se partirá, y se deramará la ceniza que está sobre él. Irritado Jeroboan con el atrevimiento del advenedizo Profeta, estendió la mano diciendo : prendedle; mas en aquel mismo instante, la mano se le secó y el altar se partió. Conmovido Jeroboan con el repentino castigo, rogó humildemente al hombre á quien poco ántes queria despedazar, que intercediera con el Dios vivo para

que le restituyese la perdida vitalidad á su mano : el Profeta hizo oracion y el Rey recobró su mano. Este mismo Profeta de vuelta á Judá fué incitado á comer en el camino, contra el espreso mandamiento que habia recibido de su Dios, y por esta desobediencia fué devorado por un leon en el camino. Jeroboan reinó veinte y dos años, siempre oprimido de aflicciones tanto domésticas como de estado, hasta que perseguido por Abia Rey de Judá, despues de haber perdido su numeroso ejército en el monte de Semeron, murió en castigo de sus pecados.

II. Nadab. Por la muerte de Jeroboan, Nadab su hijo le sucedió en el trono de Israel : corrompido con el mal ejemplo de su padre, se mantuvo en la misma idolatría. Provocado por los Filisteos, juntó un ejército y puso sitio á Gebbeton : durante esta expedicion, conspiró contra él Baasa y le mató en el segundo año de su reinado.

III. Baasa. Este era un oficial en el ejército de Israel de la tribu de Isacar : dando muerte á su Rey se apoderó del trono, y para asegurarse en él pasó á cuchillo á todo el linage de Jeroboan, cumpliéndose la sentencia que el profeta Aias pronunció de parte del Señor, del esterminio total de la casa de Jeroboan en castigo de su idolatría. Por estos medios violentos se mantuvo en el trono veinte y cuatro años, y siguió los mismos caminos de sus predecesores. El Profeta Jeú le anunció de parte del Señor el mismo esterminio de su familia, que él habia hecho de la familia de Jeroboan.

IV. Ela, hijo de Baasa, le sucedió en el trono de Israel; y principió su reinado con la muerte del santo Profeta Jeú, por haber anunciado á su padre lo que el Señor le habia mandado : pero en el segundo año de su reinado, hallándose embriagado en casa de Arsa Gobernador de Tersa, fué muerto por Zambri.

V. Zambri. Este era Comandante de la caballería cuando mató á Ela, y teniendo la tropa de su parte, se declaró Rey en aquel mismo dia y ocupó el trono. Lo mismo que Baasa habia hecho con la casa de Jeroboan, hizo Zambri con la casa de Baasa, ejecutando la sentencia pronunciada por el virtuoso Jeú. Amri el capitan general de Israel estaba con el ejército que sitiaba á Gebbeton, cuando supo la traicion de Zambri : luego levantó el sitio y fué contra él. Zambri se encerró en el palacio real de Tersa, y no pudiendo escapar de una muerte ignominiosa, puso fuego al edificio y pereció en las llamas, á los siete dias despues de haber asesinado á su soberano y haber usurpado la dignidad real.

VI. Amri. Siendo hombre valiente y teniendo el ejército á su favor, despues de vengar la muerte del Rey Ela, fué aclamado Rey de Israel sin oposicion. La accion mas notable de Amri fué la fundacion de la ciudad de Samaria que vino á ser tan famosa en los fastos de Israel : y despues de haber reinado doce años murió.

VII. Acab hijo de Amri le sucedió en el trono ; heredó la iniquidad de su padre, y excedió en maldad á todos sus antecesores. No contento con seguir la

idolatría introducida en Israel desde el reinado de Jeroboan, tomó por muger á Jezabel hija de Etbaal Rey de los Sidonios, y erigió un altar á Baal dios desconocido en Israel. Mas el Señor, zeloso por su honra, levantó en tiempo de este abominable Rey el gran Profeta Elias, para confundir á los idólatras con los mas estupendos milagros.

ZELO DEL PROFETA ELIAS.

El abandono que las tribus de Israel habian hecho del verdadero Dios en este tiempo, y la vergonzosa adoracion que daban á toda especie de ídolos, habia llegado al mayor exceso. El Señor quiso ahora darles pruebas de su poder y de su ira, por el zelo de un fiel é intrépido Profeta. Elias Tesbita se presentó al Rey Acab y le dijo: « Vive el Señor Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no caerá rocío ni lluvia en estos años, sino segun la palabra de mi boca: » y cerrado el cielo por la voz del Profeta, se retiró al arroyo Carit. El Señor mantuvo allí á su siervo milagrosamente por el ministerio de cuervos, hasta que secándose tambien aquel arroyo, tuvo orden de proceder á Sarepta. Fatigado Elias de hambre y sed, pidió á una pobre viuda que recogia leña á la puerta de la ciudad, un poco de agua para beber; la caritativa muger iba á traer el agua, cuando llamándola el Profeta le pidió tambien un pedazo de pan. El generoso corazon de la viuda sintió ahora con mayor angustia la estrema necesidad en que se hallaba, y respondió

con vehemencia. Vive el Señor tu Dios que no tengo pan, sino solo un puñado de harina y un poco de aceite, y voy á cocerla con estos palos para comer yo y mi hijo, y perecer despues. Elias rogó á la muger hiciera primero una torta para él, y que despues haria otra para ella y su hijo, pues era la voluntad de Dios, que no faltase harina ni menguase aquel aceite, hasta que lloveria sobre la tierra. Un corazon piadoso se convence pronto; la virtuosa muger sin dudar un momento, hizo como el Profeta le habia dicho; comiéron aquel dia, y siguiéron manteniéndose sin acabarse la harina ni el aceite, conforme á la palabra del Señor que habia hablado por la boca de Elias. Premio debido á esta pobre muger, la cual aunque idólatra, socorrió al necesitado Profeta con lo último que poseia, y creyó al siervo de Dios que era desechado en Israel.

Una viuda que ve morir á su hijo único es una viva imágen de dolor: él de la viuda espiró en su regazo, y la afligida madre en la angustia de su corazon, corre al Profeta de Dios, y llora por la muerte de su hijo. Elias cuya fe y confianza en el Señor era igual al zelo que tenia por la honra de su santo Nombre, tomó al hijo, le llevó á su cámara, é inclinándose sobre el niño clamó: « Señor Dios mio, ¿porqué afliges á la viuda que me sustenta, privándola de su hijo? Ruégote Señor, vuelva el alma á las entrañas de esta criatura. Dios oyó la voz de su siervo, y vuelta el alma al niño, le entregó á la afligida madre diciéndole: « Aquí tienes vivo á tu hijo. » Abiertos los ojos de aquella gen-

til con tan manifiesto milagro, confesó que Elías era el Profeta de Dios, y que la palabra del Señor era verdadera en su boca.

La impia Jezabel, mas irritada contra el Dios de Israel por la esterilidad que padecia el reino, perseguia cruelmente á los profetas del Señor, y hubiera acabado con todos, si el piadoso Abdias no hubiese escondido y alimentado á cien ministros del Altísimo. Un dia en que este buen hombre buscaba forraje para los caballos del Rey, se le presentó Elías en el camino, y le dijo: Anda, y di á tu Señor, que aquí está Elías. Abdias temia llevar un mensaje que habia de irritar á Acab, mas animado por el Profeta fué al palacio, dió el aviso, y vino el Rey á donde estaba Elías. Luego que Acab vió al Profeta le dijo: ¿No eres tú el que trae alborotado á Israel? El intrépido Elías despreciando las amenazas del Rey, le respondió con denuedo: Yo no he alborotado á Israel, sino tú, y la casa de tu padre, que habeis dejado los mandamientos de Dios, y habeis seguido á los Baales. Mas no obstante, congrega delante de mí á todo el pueblo en el monte Carmelo, y á los cuatrocientos y cincuenta profetas de Baal, y á los cuatrocientos sacerdotes de los bosques, que comen de la mesa de Jezabel.

Acab envió á llamar á todos los hijos de Israel, y congregó á los ministros de sus ídolos en el monte Carmelo. Elías acercándose á la multitud les dijo: ¿Hasta cuando estaréis vacilando entre dos opiniones? si el Señor es el verdadero Dios, seguidle; y si es

Baal, seguidle; confundido el pueblo con este argumento del Profeta, no respondió una palabra. Yo solo he quedado de los profetas del Señor, y hay entre vosotros cuatrocientos y cincuenta profetas de Baal. Dénsenos dos bueyes, y escojan ellos uno; divídanle en trozos, y pónganlos sobre la leña; yo haré lo mismo con el otro, y no se pondrá fuego bajo ninguno de los dos. Invocad á vuestros dioses, y yo invocaré el nombre de mi Señor, y el Dios que respondiere mandando fuego, sea ese el Dios del pueblo. Una proposicion tan justa y equitativa no podia ser desechada. Los profetas de Baal pusieron su víctima sobre el altar, é invocaron á su dios hasta mediodia, pero todo en vano, pues no habia la menor señal de fuego. Elías se mofaba de ellos diciéndoles con ironía: Gritad fuerte, quizas vuestro dios está ocupado en casa, ó está en camino; quizas habrá entrado en alguna posada, y está durmiendo la siesta. Los falsos profetas picados con la burla de Elías daban mayores gritos á Baal, sajándose las carnes con cuchillos y lancetas segun su rito; mas Baal sordo á sus voces no mandaba fuego.

Llegó la hora en que Elías debia hacer su sacrificio, y llamando al pueblo, compuso el altar del Señor que habia sido destruido. Primeramente tomó doce piedras segun el número de las tribus de Jacob, y con ellas hizo un altar al Señor de Israel; hizo ademas un acueducto, como dos pequeños surcos al rededor del altar; luego acomodó la leña, dividió el buey en trozos, y los puso sobre el altar. Mandó echar agua re-

petidas veces, hasta correr y llenarse la zanja que rodeaba el lugar del sacrificio; y preparado todo á satisfaccion de aquel ignorante pueblo, se acercó el santo Profeta, y oró diciendo: « Señor Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, muestra hoy que tu eres el verdadero Dios de Israel, y yo tú siervo; y que por mandamiento tuyo he hecho todas estas cosas. Oyeme, Señor, óyeme, para que conozca este pueblo, que tú eres el Señor Dios, y que de nuevo has convertido su corazon. » Apénas habia pronunciado el zeloso Profeta la última palabra de esta fervorosa súplica, cayó fuego del cielo, y devoró el holocausto, la leña y las piedras, consumiendo hasta el polvo y agua que habia al rededor del altar. Un prodigio tan grande como manifiesto despertó al pueblo de su error, se postraron sobre el rostro, confesando á voces: El Señor es el Dios, el Señor es el verdadero Dios. Viendo el Profeta el arrepentimiento del pueblo, y la confusion de los ministros de Baal, se aprovechó de la oportunidad para vengar la honra del Señor. Israel, clamó Elias, esos son los impostores que os han seducido; echad mano á esos falsos profetas, y no dejad escapar á uno. El pueblo, cuya furia no tiene límites cuando se ve vergonzosamente engañado, echó mano á los impostores y les diéron la muerte merecida por sus abominaciones. El santo Profeta, movido de compasion por Israel, subió á la cumbre del Carmelo, y rogó á Dios siete veces, que derramase la deseada lluvia sobre la tierra: una nubecilla, como la huella de un hombre, se levantó del

horizonte, y estendiéndose conforme se elevaba, oscureció el cielo, y cayó una grande lluvia, dejando apénas tiempo suficiente al pueblo para acogerse á sus casas.

Informada la perversa Jezabel de la muerte de los profetas de Baal por la persuasion de Elias, juró hacerle experimentar su venganza: el Profeta temió la desesperacion de la Reina, y huyó por el camino de Bersabé á Judá; luego se dirigió hácia el desierto, y fatigado en el cuerpo y en el espíritu, se sentó debajo de un árbol; allí le envió el Señor un Angel con alimento, y le ordenó caminar hasta Horeb el monte de Dios, á donde llegó despues de cuarenta dias y cuarenta noches, y se acogió en una cueva. Apénas habia descansado el Profeta, cuando fué despertado por un viento fuerte que trastornaba los montes, y quebrantaba las piedras; despues sintió que la tierra se estremecía, y luego vió pasar un fuego cuyo resplandor le obligó á cubrirse el rostro con su manto. Una voz del cielo llegó á sus oidos, que decía: ¿Qué haces aquí Elias? El Profeta respondió: Aquí me abraso de zelo por el Señor Dios de los ejércitos, porque han abandonado tu pacto los hijos de Israel; han destruido tus altares; han pasado á cuchillo á tus profetas; yo he quedado solo, y me buscan para quitarme la vida. Anda, le dijo el Señor, y vuelve por el camino del desierto hácia Damasco; allí ungirás á Azael por Rey de Siria, y á Jeú por Rey de Israel, y á Eliseo por tu sucesor.

Obediente á la voz del Señor, partió Elias para Damasco, y en su camino encontró á Eliseo que estaba arando; el Profeta se llegó á él, y le echó su manto sobre los hombros. Cuando un varon justo siente la gracia de Dios, nada le detiene para seguir la voluntad divina; Eliseo dejó al punto los bueyes, y se fué corriendo detras de Elias. La obediencia y afecto á los padres es una obligacion indispensable en los hijos; Eliseo temia faltar á este deber sagrado, si se ausentaba de su casa á manera de un prófugo; por lo que rogó humildemente á Elias le permitiese ir á su casa, para pedir la bendicion á sus padres, y besarlos por última vez. El Profeta condescendió con tan justa peticion, Eliseo fué á su casa, y volvió fielmente á su maestro que le aguardaba en el campo. Gozoso Eliseo con la vocacion que el Señor habia hecho de él, quiso dar un banquete á sus compañeros trabajadores, y tomando el par de bueyes de su arado, los matáron y preparáron su carne; luego que comiéron, se levantó Elias, y Eliseo le siguió sirviéndole como á su maestro.

El débil Rey Acab habia permitido á su malvada muger Jezabel cometer un crimen horrible, derramando la sangre del inocente Nabot. Este tenia una viña cerca del palacio del Rey, y siendo heredad de sus padres, no queria privarse de su posesion. Acab se la pidió para agregarla á la huerta de su casa, y Nabot no la quiso enagenar: esto entristeció mucho al Rey, é informada Jezabel de la causa, buscó falsos testigos que jurasen haber oido á Nabot blasfemar

contra Dios, y murmurar del Rey; sustanciada esta falsa acusacion, el inocente Nabot fué sentenciado, arrastrado fuera de la ciudad, y muerto á pedradas. Satisfecho el corazon ferino de la depravada Reina con la sangre de Nabot, fué y dijo al Rey: ya puedes tomar posesion de la viña; ya no existe aquel que no quiso complacerte. Acab se levantó, y descendia á tomar posesion de tan mal adquirida heredad, cuando Elias le salió al encuentro, y le dijo: Mataste el dueño, y poseiste su hacienda; pues esto dice el Señor: En este lugar donde los perros lamieron la sangre de Nabot, lamerán tambien la tuya; y los perros comerán las carnes de Jezabel en la heredad de Nabot.

Poco tiempo despues, Ramot de Galaad Rey de Siria declaró guerra al Rey Acab, y no teniendo este suficientes fuerzas para resistir á su adversario, pidió ayuda á Josafat Rey de Judá. Este Rey habia casado su hijo con Atalia hija de Acab, y por razon de esta alianza vino en su ayuda desde Judá. Acab habia consultado á sus profetas sobre el éxito de esta guerra, y todos le habian dado una respuesta lisonjera: pero Josafat que era príncipe religioso queria consultar á algun profeta del Dios de Israel. Acab respondió que habia uno en Samaria á quien aborrecia, porque siempre le anunciaba desastres, y por tanto seria inútil consultarle. Josafat insistió en que se llamase, y el profeta Miqueas vino á presencia de los Reyes. Este profeta, fiel á la inspiracion divina, dijo

sin temor y con sencillez que la guerra seria desastrosa, y que terminaria con la muerte de Acab.

Josafat debia haberse vuelto á Judá despues de haber oido el anuncio de Miqueas, pero tuvo la debilidad de creer comprometido su honor, y acompañó á Acab en la batalla. El Rey de Siria habia dado orden á los comandantes de su caballeria de dirigir toda su fuerza contra la persona del Rey de Israel; esta disposicion del de Siria no se le ocultó á Acab, y así juzgó prudente despojarse de las insignias reales, para no ser conocido durante la accion. Los generales de Siria, en virtud de sus instrucciones, cargaron y rodearon á Josafat llevados de su apariencia real, y estuvo á peligro de perder su vida, si no se descubriese con tiempo. Este bienintencionado y sincero Príncipe fué espuesto á grande peligro, por la astucia y mala fe de un aliado sin religion, sin honor y sin amistad. Pero el destino de Acab estaba anunciado por el profeta del Señor: una saeta disparada al acaso por un soldado enemigo, le hirió mortalmente entre la cerviz y la espalda, de cuya herida murió al ponerse el sol. El carro en que fué herido quedó lleno de la sangre que habia derramado, y luego fué traído por casualidad al parage donde Nabot habia sido apedreado, y allí lamiéron los perros la sangre de Acab, segun habia predicho el profeta Elias. Josafat se volvió á Jerusalem reprendido por el Señor, por haber dado socorro á un impio, y haber contraído amistad con un hombre que aborrecia al Señor.

LOS REYES. IV.

VIII. Ocozias. Por la muerte de Acab, Ocozias su hijo subió al trono de Israel. Este Rey solicitó la amistad y alianza de Josafat, pero el Rey de Judá estaba muy escarmentado de su primer error. Ocozias dió una caída desde el balcon de un cuarto alto, y enfermó gravemente. No parece sino que esta raza de reyes de Israel tenian endurecido el corazon por castigo; pues el primer paso que daban cuando llegaban á reinar, era renunciar al Señor Dios de Israel. Luego que Ocozias se sintió en peligro, nombró mensageros para ir á consultar á Belzebud dios de Acaron sobre el fin de su enfermedad. Elias por amonestacion del Angel del Señor, les salió al encuentro en el camino, y les dijo: Mensageros de Ocozias, ¿no hay Dios de Israel, que vais á consultar á Belzebud dios de Acaron? pues esto dice el Señor: De la cama en que subiste, no descenderás, sino que morirás. Acobardados los mensageros con el encuentro del zeloso Profeta se volviéron á Samaria, é informáron fielmente á Ocozias lo que habian visto y lo que habian oido; y no fué dificultoso conocer que era Elias á quien habian encontrado.

El odio que Ocozias habia concebido contra Elias durante el reinado de su padre, se inflamó ahora con la relacion de los mensageros, y queriendo vengarse del Profeta, mandó á un capitan de sus guardias con cincuenta hombres á caballo para prenderle. Ufano

el oficial con su comision, partió de priesa á cumplirla; y cuando llegó á ver á Elias en el monte y solo, creyó que ya le tenia en su poder: Hombre de Dios, dijo insolentemente el Capitan, baja presto del monte, y ven conmigo á la presencia del Rey. El Profeta tenia mucho zelo por la honra del Dios á quien servia, para sufrir la falta de respeto con que le intimaban rendirse: si soy hombre de Dios, descienda fuego del cielo y devore á toda tu compañía contigo; el fuego descendió al instante, y el Capitan con sus cincuenta hombres quedáron consumidos. Otro oficial con otros cincuenta soldados salió con la misma comision, pero Elias era hombre terrible; al intimarle que bajase del monte, hizo bajar otra vez fuego, y todos fueron devorados. El infatuado Ocozias atribuía estos prodigios á casualidad, y estaba resuelto á asegurarse de su persona. Un tercero Capitan salió con mas tropa para prender á Elias, pero escarmentado con el castigo de las otras dos compañías, ó conociendo la virtud del santo Profeta, observó una conducta diferente: se detuvo á una distancia considerable, se apeó, y doblando las rodillas con mas veneracion que á su Rey, le dijo humildemente: Hombre de Dios, no te enojas contra tu siervo ni contra estos que han venido conmigo; tu has aniquilado con fuego del cielo á otros dos capitanes con sus compañías, y ahora te ruego tengas compasion de mí; ya ves que soy mandado á buscarte, haz ahora lo que fuere de tu agrado. Si los dos primeros oficiales, sabiendo bien los portentos que el Señor habia hecho por medio de su fiel

Profeta, se hubieran presentado y hablado á Elias con el mismo respeto que este último, no hubieran atraído sobre sí el castigo del cielo. El Profeta vengaba solo la falta de respeto al Dios de Israel en su persona, llamándole por mofa hombre de Dios, y dándole una orden, como si intimaran la rendicion á un malhechor. Movido Elias ahora por el religioso respeto del tercer comisionado, le escuchó benignamente, é inspirado por el Angel del Señor, descendió del monte, y acompañado del Oficial como guardia de honor, se presentó al Rey y le dijo: Esto dice el Señor; por cuanto enviaste mensageros á consultar á Belzebud dios de Acaron, como si no hubiera Dios en Israel á quien pudieras consultar, del lecho sobre que subiste no descenderás, sino que morirás de muerte. Aquel Rey que pocas horas ántes deseaba tener en su poder á Elias, quedó ahora lleno de pavor á su vista; Elias se volvió al monte, y Ocozias murió poco despues.

Elias habia sido un Profeta tan fiel á la voz de su Dios, tan intrépido en anunciar á los Reyes las órdenes divinas, y tan zeloso en ejecutarlas, que complacido el Señor con su invariable fidelidad, le quiso premiar de un modo enteramente maravilloso. El santo Profeta venia un dia de Gálgala con su fiel discípulo Eliseo, y parándose en el camino le dijo: Quédate aquí, porque el Señor me ha enviado á Betel; Eliseo le respondió: Vive el Señor y vive tu alma, que no te dejaré. Luego que llegaron á Betel, los fieles del Señor salieron á recibirlos, y acercándose